

Ensayos y microensayos de Hernán Rodríguez Castelo

Presentación del número 8 de la Serie Estudios Literarios y Culturales dedicado, en dos tomos, a la obra ensayística de Hernán Rodríguez Castelo. Abril 26 de 2018, Centro Cultural Benjamín Carrión.

79



Un acierto editorial y un acontecimiento de trascendencia constituye la aparición del número 8 de la Serie “Estudios literarios y culturales” del Centro

Cultural Benjamín Carrión, obra que, en dos enjundiosos volúmenes de 500 páginas cada uno, está dedicado a la producción ensayística de Hernán Rodríguez Castelo,

⇨
Doble sentido

estudioso cimero de las letras y la cultura ecuatorianas y universales. El número lleva el sugestivo título de Ensayos y microensayos, y abarca una selección del inmenso caudal que en estos dos géneros produjo la pluma del egregio escritor, una selección que él mismo pudo dirigir antes de que se produjera su lamentable y repentino deceso, el 20 de febrero de 2017. No obstante la gran extensión de los dos volúmenes que hoy se presentan, no están allí, por razonables e insalvables motivos de edición, otros textos que el autor dedicó a diversos temas, en especial algunos relacionados con el devenir de la literatura ecuatoriana, su gran pasión y verdadera aguja de marear decisiva en su destino de creador e investigador.

Rodríguez Castelo, a través de una obra que rebasa los 120 títulos, sin contar los estudios introductorios a los cien volúmenes de la Colección Clásicos Ariel, uno de sus mayores emprendimientos, abarcó los más diversos géneros: la historiografía, la biografía, la crítica literaria, la investigación lingüística, la crítica de arte, la crónica, la literatura infantil y juve-

nil, el cuento infantil. Todo ello está representado y sintetizado, con grandeza, en estos dos tomos.

Conocí a Hernán en mis años juveniles en el Colegio San Gabriel donde él dictaba clases de literatura, filosofía, y era, además, no solo un suscitador de vocaciones en las áreas de la creación literaria y el pensamiento, sino de otras actividades inspiradoras, entre ellas, el andinismo y el debate y la discusión creativas en ámbitos como la Academia Literaria de ese plantel, que él refundara y promoviera y en la que se congregaban algunos jóvenes estudiantes que se han destacado luego en los campos del ensayo, de la creación poética y narrativa e, incluso, en la actividad política.

Era hasta cierto punto un maestro severo, pero siempre cordial; un humanista que nos abrió el camino al conocimiento de los grandes hitos de la literatura y el pensamiento universales; del arte y, en este ámbito, muy especialmente, del cinematográfico que, en aquellos años sesenta experimentaba a nivel mundial un florecimiento singular. Eran los años de la nueva



Doble sentido

ola francesa, de los iracundos ingleses, del neorrealismo italiano, de Bergman, entre otros. Y en la literatura, nos llevó a las páginas de autores como Thomas Mann, Kafka, Proust, Joyce, los trágicos griegos, los grandes del Siglo de Oro español.

Años después Rodríguez Castelo daría a la imprenta sus Diarios del San Gabriel -1959-1962-, un valioso texto testimonial en el cual, infatigable escritor como fue desde siempre, había registrado, con intensidad y pasión, las experiencias, intelectuales y existenciales, de aquellos tiempos juveniles. En las páginas de estos diarios es posible reconocer, vívidas, sus inquietudes primordiales, que luego se irían plasmando en una obra magnífica, como pocas por su hondura y magnitud en el panorama de la literatura ecuatoriana. Y es dable también reencontrar en esas páginas algo que Rodríguez Castelo cultivó siempre con cuidado y rigor: la amistad.

Terminada esta primera etapa magisterial, viajó a España, hacia 1963, para estudiar Teología en la Universidad de Comillas, fase exis-

tencial de la que él mismo da cuenta en la introducción de estos Ensayos y microensayos. Según recuerda, se vinculará pronto con las revistas Reseña, Humanidades y La Estafeta Literaria. Allí escribirá, proyectando en los artículos y ensayos que envía a dichas publicaciones, su espíritu inquieto, renovador y contestatario, lo que finalmente le acarreará el disgusto de las autoridades religiosas; era el tiempo, hay que recordarlo, de la dominación franquista en España.

Concluye así su período de religioso jesuita y, de retorno en Quito, se vincula con el diario El Tiempo, donde aparecerán, entre otros materiales, la notoria sección creada por él, "Idioma y estilo", sus artículos de crítica literaria y los celebrados microensayos, varios de los cuales se incluyen en la presente selección.

Ya desde entonces y aún antes, en su etapa española, estaba ya presente el gran ensayista. Precisamente el tomo segundo de esta selección se abre con un magistral trabajo, publicado en Humanidades en 1964, sobre Los Hermanos Karamazov, la gran novela de Dos-



Doble sentido

toievski cuyo sentido profundo indaga, con estilo vibrante y sugestivo, especialmente en lo que parece ser su mensaje primordial: la alegría metafísica, el himno a la alegría. También de aquella época es el segundo ensayo, que dedica a la obra del poeta nicaragüense Pablo Antonio Cuadra.

Luego vendrían sus grandes estudios de obras literarias clave y de escritores, tanto del Ecuador, como de América Latina y universales. Llegarán, asimismo, los trabajos críticos sobre el arte ecuatoriano y, en ese marco, la detenida indagación en el quehacer de los artistas plásticos más significativos. Llegarán también sus ejemplares biografías, entre ellas, las que integran la serie que tituló *El hombre y el escritor*. Una última, se publicó póstumamente hace pocos meses: la del escritor y político lojano del siglo XIX: Miguel Riofrío. En esta labor, siguió entregándonos frutos espléndidos hasta los años más recientes, como la estupenda biografía de García Moreno, que incluye, en un segundo volumen, el estudio hermenéutico de la correspondencia del estadista, y la de Manuela

Sáenz, aportes invalorable para el mejor conocimiento, desapasionado y objetivo, de estas dos figuras protagónicas de la historia nacional. Los estudios que dedicó a la literatura universal infantil y juvenil, creo que siempre ocuparon un lugar especial en la mente y el corazón de quien fue fundamentalmente un maestro. Entre tales trabajos destaco el exhaustivo estudio sobre los cuentos más bellos del mundo. Y, sin que ello fuera poco, cobra relieve central en su vasta producción *la Historia general y crítica de la literatura ecuatoriana*.

Fue al mismo tiempo un gran historiador, pero como nos cuenta él en su prólogo, llegó a la escritura de la historia por la literatura. Resulta sintomático que su discurso de ingreso a la Academia Nacional de Historia verse precisamente sobre esta problemática tan sentida por él: la literatura como iluminación profunda de la historia. Podemos deducir de ello que su intelección y ejercicio del género ensayo se dan siempre desde una perspectiva de la creación literaria. Y como una reivindicación del género ensayo como literatura.

⇐⇐⇐
Doble sentido

Esta concepción del ensayo coincide con la de otros destacados exponentes del género en el Ecuador. Juan Valdano, por ejemplo, dice en su texto “El ensayo como tentativa”¹:

La prosa ensayística adquiere calidad literaria cuando en ella está presente cierto ánimo estético, una voluntad de estilo, ese elemento subjetivo y personal del autor que la confiere esa calidad y que la convierte en un producto estético. Un ensayo llega a ser literario cuando lo sugestivo de su forma pesa tanto como lo persuasivo de su contenido. El ensayo literario es prosa que discurre entre dos corrientes: la función estética y la aspiración pragmática y en la que, desde el punto de vista del lenguaje y la eficacia cognitiva, triunfa siempre lo primero sobre lo segundo.

Y Alejandro Moreano señala²:

El ensayo es totalmente distinto (al lenguaje de la investigación empírica, de la investigación social). Lejos de negar la individualidad, afirma la intervención del sujeto en el mundo, y se postula a sí mismo como intrusión en la vida social. Se propone organizar y movilizar las pasiones, las ideas, los gustos, los estados de ánimo. Un discurso político y una forma literaria, a la vez una visión literaria del mundo y un lenguaje político. El ensayo pone en juego no solamente la función referencial sino otras funciones del lenguaje. La expresividad del emisor y el impacto en el destinatario. E incluso la función poética centrada en el mensaje mismo. El ensayo no prueba ni demuestra nada. Afirma y niega. Expresa y agita. Y a veces también canta.

1 Valdano, Juan (2016). “El ensayo como tentativa”, en Brújula del tiempo, ensayos y otros intentos, Tomo I. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, p. 31.

2 Moreano, Alejandro (2014). “Elogio del ensayo”, en Pensamiento crítico-literario de Alejandro Moreano, la literatura como matriz de cultura. Tomo II. Cuenca: Universidad de Cuenca, p. 25.

Hay, sin embargo, una concepción del ensayo como género literario que parece retratar de manera más exacta el arte literario de Hernán Rodríguez Castelo. Se trata de Roland Barthes, el conocido crítico y pensador francés, quien afirma:

Dejad que el ensayo confiese ser casi una novela.

Al referirse a este aserto de Barthes, la escritora norteamericana Susan Sontag dice:

El acto de escribir marca nuevas formas de tensión dramática, referidas a ese mismo acto: escribir se convierte en el testimonio de compulsiones y de resistencias a escribir. (Expandiendo este criterio, el acto mismo de escribir se convierte en el tema del escritor)³.

Estas acepciones inscriben o parecen inscribir la crítica literaria en un metalenguaje que borra las fronteras entre ensayo y ficción, a

la vez que impulsa una intelección de la escritura como un campo de extremas tensiones, tema o eje central en el devenir de la creación artística⁴.

Esta tensión literaria, o propiamente poética, toma a los ensayos de Rodríguez Castelo particularmente sugestivos, atravesados por ese hálito creativo, artístico, que reclama Barthes, y al que se refieren Juan Valdano y Alejandro Moreano. Basta leer al respecto textos como lo que dedica a *Los Hermanos Karamazov*, que hemos citado más arriba; a Efraín Jara Idrovo; a los tres grandes del postmodernismo ecuatoriano (Jorge Carrera Andrade, Gonzalo Escudero, Alfredo Gangotena); a Marguerite Yourcenar; a Leopoldo Marechal (*Relectura de Adán Buenosayres*). O los que no se encuentran en la presente antología, pero que el autor los recuerda en su prólogo: *La perla mística escondida en la concha de la humildad. La venerable virgen Gertrudes de*

3 Sontag, Susan (1983). "La escritura misma: sobre Roland Barthes", epílogo a *Ensayos críticos*, Roland Barthes. Barcelona, España, Editorial Seix Barral, p. 342.

4 Proaño Arandí, Francisco (2012). La literatura, eje central en la obra ensayística de Alejandro Moreano. Quito: Revista Malidea, No. 3, p. 135.

Sn. Yldefonso, ensayo biográfico crítico que forma parte del libro *Literatura quiteña del siglo XVII*, o el que dedica a la biografía de la santa quiteña, Mariana de Jesús, escrita por el autor colonial, “inquieta, problemático y brillante”, Jacinto Morán de Butrón.

En la arquitectura de las grandes novelas que solía leer y recomendarnos, señalaba como un elemento estructural digno de relievase, ciertas connotaciones que, al repetirse, resonaban en el texto como los acordes de una sinfonía o las iluminaciones de una catedral gótica. En sus ensayos, me ha impresionado encontrar elementos estéticos estructurales como aquel que el maestro subrayaba en sus profundas lecturas: señalamientos de orden metafísico o que tienen que ver con la reflexión detenida y honda sobre aspectos problemáticos de la condición humana, o que, expresan, a veces de una manera súbita y casi surrealista, la verdad de una época.

De los episodios autobiográficos que relata en su prólogo, rescato uno realmente significativo: “La

historia patria –dice- me fascinó casi desde que comencé a leer. Y ya en sexto grado -11 o 12 años-, así como otros niños querían llegar a ser presidentes de la República, o a ricos con carros de los mejores que por entonces se veían en nuestras calles de recoleto vivir, a mí se me había dado por ser quien completase la *Historia General del Ecuador de González Suárez*, que mis padres, profesores ambos, lamentaban se hubiese quedado antes de los tiempos republicanos”.

Años después, la literatura, entendida como iluminación profunda de la historia, extrapola ese afán infantil al emprendimiento de otro proyecto, tanto más vasto y complejo: la *Historia crítica de la literatura ecuatoriana*. No es frecuente que un escritor, en este caso un ensayista y crítico, se proponga la elaboración de un proyecto semejante en magnitud y profundidad. Antes de él, podríamos citar a Federico González Suárez con respecto a la historia, o a Pedro Fermín Cevallos, o, para el caso de la literatura, el de Isaac J. Barrera. Causa sin duda admiración Hernán Rodríguez Castelo,

cuando emprendemos la lectura, feliz y fecunda en descubrimientos, de monumentales estudios como los que dedica a la literatura de los siglos XVII y XVIII quiteños, por citar unos pocos ejemplos.

Estos dos volúmenes que conforman el número 8 de la Serie Estudios Literarios y Culturales constituyen una nueva realización, digna de todo encomio del Centro

Cultural Benjamín Carrión, un acierto que proyecta una luz panorámica sobre el conjunto de la ingente obra del maestro. Una luz que, rescatando lo más significativo de la cultura pasada y presente, llegará sin duda a las futuras generaciones, necesitadas, tanto como nosotros, de la guía de un maestro que orienta, descubre y enriquece como lo ha sido y es Hernán Rodríguez Castelo.